

ALONSO GUERRERO

EL AMOR
DE PENNY
ROBINSON

Querían saberlo todo de él
porque querían saber todo
de ella



Berenice

ALONSO GUERRERO

El amor de Penny Robinson

© ALONSO GUERRERO, 2018
© EDITORIAL BERENICE, S.L., 2018

www.editorialberenice.com

Colección NOVELA

Director editorial: JAVIER ORTEGA

Maquetación: ANA CABELLO

ISBN: 978-84-17418-18-2

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Solo un idiota cree que puede escribir la verdad sobre sí mismo.
ERIC AMBLER

El amor de Penny Robinson

Por razones que no vienen al caso, perdí mi vida privada entre las nueve y las diez de la noche del pasado doce de noviembre, día de mi cumpleaños. Digo perdí, pero en realidad me la arrebataron de un zarpazo. Desde entonces no he vuelto a pisar con negligencia los lugares públicos, ni contemplo los atardeceres sin que me separe de ellos una cortina de teatro. Y todo porque un desconocido me sacó una foto con un teléfono móvil, desde el otro lado del cristal de un escaparate. Mi esposa y mi hijo habían improvisado una pequeña celebración en *La abuela Polina*, la pastelería que hay al lado de casa. Era muy tarde para celebraciones, pero el trabajo es el trabajo. Pedimos prestado a la dulcera un cuchillo para cortar la tarta y mi mujer estaba repartiendo los trozos cuando aquel extraño nos hizo la foto y desapareció, como si un cadáver sonriente la estuviera esperando en la recepción de un hotel fantasmal. Aunque no me di cuenta, podía haber sido un mal presagio. La dulcera sí se percató de lo que ocurría.

—Ese tipo vive por aquí cerca —me dijo.

En aquel momento ignoraba que ella supiera más que yo. Lo cierto es que con un aparato que ni siquiera molesta en el bolsillo te arrancan lo que más importa: una apariencia. El que haya pasado por una situación semejante sabe a qué me refiero. La instantánea, con aquella tarta menesterosa ocupándolo todo, apareció al día siguiente en las revistas. La propia dulcera me llamó para enseñármelas, y me explicó que, según había leído, lo que al parecer me colocaba en la picota era mi relación, en el pasado, con alguien que había empezado a interesar a todo el mundo. El tipo del teléfono móvil tuvo el talento suficiente para separar la escena que fotografió de su significado. Yo aparecía solo, a pesar de la distancia que nos separaba del escaparate, ensimismado como un cuervo en una diadema. Parecía una foto borrosa a propósito, hecha desde el puesto de un francotirador.

Lo que ocurre después de hechos tan inexplicables te obliga a iniciar una vida en otro sitio. Si hay amigos, se mantienen al margen, como si te vieran sentado en el banquillo de Nüremberg. A cambio, tu vida se llena de personas que se presentan con la excusa de conocerte, pero en realidad vienen a arrancarte pedazos. Gente sin escrúpulos, cargados con equipajes de tránsito. Al final todos terminan sin careta. La popularidad, ese linchamiento en el que nadie toca a nadie, no está hecha para los que solo deseamos que se hable de nosotros como de personas muertas, con el despiadado respeto que se les tiene a los que no pueden ya impugnar nada.

Arramblaron con parte de mi pasado, pero he de reconocer que también me devolvieron muchos años que tenía olvidados. Todo el mundo entró en ese río con botas de goma, como los buscadores de oro. Si alguna vez alguien me había dicho por qué me amaba, qué vio en mis ojos prematuramente cansados, qué palabras dije y cuáles callé, a partir de aquel doce de noviembre tuve que salir en busca de todas esas pertenencias que parecían de otro, atribuidas o inventadas por los que, de la noche a la mañana, empezaron a organizar mi vida.

Eso es perder la intimidad: no cerrar con llave la puerta de tu casa hasta que, de repente y sin saber por qué, empiezas a compartirla con desconocidos que entran y salen por las ventanas. Eso tiene estar en boca de todos. Si te equivocas, no puedes rectificar. Si callas, no podrás hablar en adelante. Si hablas, ya no podrás guardar silencio. Cada uno de esos actos queda grabado en unas tablas de la ley. Entregas tu vida a granel sabiendo que la van a vender al pormenor. Muchos se dejan enredar en tales manejos, en pos de oportunidades que no existen. Dan lo que sienten a los que no saben entenderlo, a desconocidos a los que escurriría en la cara si los viera, aunque los veo todos los días.

El rumor de que estaba en paradero desconocido, difundido por la misma revista que publicó la foto de la pasteled-

ría, me llegó de boca de los propios compañeros de trabajo. Alguien de la revista salió en televisión el lunes, adelantando la exclusiva. Ahí empezó mi existencia de hombre de la multitud. No había vivido sin rostro ni cronología desde que, a los veinte, para pagarme la carrera, me enrolé de camarero en un barco que surcaba los fiordos noruegos. Sin embargo esta vez, a sabiendas de que me buscaban, no varié un ápice mis costumbres habituales. Me levantaba a las siete, comía en el mismo restaurante económico, con bonos de la empresa, y regresaba a casa buscando las palabras que iba a poner sobre el papel después de la cena. Escribía a esa hora desde los quince años, así que mi esposa tenía razón cuando decía que aquello era una oración infantil antes de acostarme. Lo que vendieron los sepulcros de las cadenas televisivas, aquellos breves días en que todavía no habían averiguado mi dirección, fue que algo debía de estar poniendo a buen recaudo. Una especie de urna con cenizas que lleva de un sitio a otro, dijo alguien. Mi presente no les interesaba, porque existía el riesgo de que fuera yo quien lo contase. Mi futuro aún menos, pero el pasado era otra cosa. Mi pasado era de ellos. Podían inventarlo, ensuciarlo o convertirlo en un despojo. De hecho, pusieron en mi boca tantas sandeces que mi propio padre me llamó para preguntarme si había dicho lo que decían que había dicho.

—¿Tienes alguna duda? ¿Acaso no lo has visto en televisión? —me burlaba yo.

Les concedes una entrevista y te escriben un epitafio. Luchas por la posteridad, como Aquiles, y te cae encima la actualidad. Desde que tenía uso de razón, había colocado una palabra detrás de otra con los mismos gestos que un herrero del siglo XV, para que duraran y fueran útiles y hermosas. A partir de ese doce de noviembre, las palabras me fueron confiscadas. No tuve acceso a ellas y, si las usé, fue solo para defenderme. Hubo una época en que creí que las palabras me llevarían a la cúspide de una montaña destina-

da solo a mí. Las buscaba como un putito Flaubert. Ahora las cosas han cambiado. Ahora soy famoso solo para *voyeurs* y *flâneurs*. Me he convertido en presa de los desocupados. ¿Sabe la gente qué poco margen deja un purgatorio de esa clase? Claro que uno llega a habituarse, a jugar a distancia con lo que ha sido. Es una especie de conformismo. Ahí radica el problema de muchos sobre los que la sociedad se empeña en estar informada.

Antes de esa foto yo tenía secretos. Podía tenerlos, porque a nadie importaban. Solo el azar nos mantiene como una promesa, con todo por delante. Cuando me tomaron la foto yo era una promesa de cuarenta y un años. Aún tenía un mundo ante mí, y cierto tiempo para desdeñarlo. Al día siguiente, el bibliotecario del Ayuntamiento, con quien de vez en cuando hablaba de libros, me telefoneó para decirme en qué revista había aparecido.

—Las he visto todas —le dije.

Mi cumpleaños cayó en viernes, y la foto apareció el sábado. Según la revista que la publicó, pasé en paradero desconocido desde ese sábado al miércoles siguiente, pues los fotógrafos de prensa fueron incapaces de localizarme. ¿Huido? Nadie hace preguntas en los semanarios. Todas son retóricas. Se me atribuyó una evasión que dejaba la de Steve McQueen a la altura del betún. Corrí por carreteras secundarias, hacia un lugar que buscaron y finalmente encontraron. Una casa rural en los Montes de Toledo, en la que teníamos reservada una habitación desde dos meses antes, para aprovechar los dos días libres que me debían en la empresa. El casero apareció en televisión y echó una mirada retrospectiva. Qué fue lo que hice y con qué disimulos lo hice: la hora de bajar al desayuno, los paseos por el campo, la inusitada normalidad con que fingí lo que no era y el descaro con que representé lo que fingía.

Fue aquel trazo zigzagante lo que me obligó a pensar en mí mismo, a ponerme en el lugar de los que hablaban de mí. En tales circunstancias los interrogantes vienen so-

los: ¿Por qué un desconocido te hace fotos sin pedir permiso? ¿Existe alguna sanción para eso? ¿Por qué alguien se las compra? ¿Por qué a un casero en medio del monte le parece imperdonable haber hablado conmigo de la mermelada sin reconocermelo? Al fin llegué a ver, en televisión, la cara del tipo que tomó la foto en que yo miraba mi historia, que no mi porvenir, en un plato de postre. El tipo declaraba lo afortunado que había sido por tener la mejor batería de móvil del mercado. Nunca he sido fotogénico. Además tenía gripe y los ojos se me hundían en una cara a la que le sobraba cansancio. En las siguientes semanas pasaron ante mí, en pantallas o en revistas, muchas viejas fotos, fotos olvidadas, fotos lo bastante perdidas o íntimas para extraviarse en ese bosque lleno de glorietas y claros imprevistos que llamamos pasado. A todas ellas me enfrenté con aquellos ojos de atronado que tenía cuando me fotografiaron soplando los dos números de la tarta, y después devorándola, a través del escaparate de *La abuela Polina*. Con aquellos ojos que no descansaban tuve que seguir, durante semanas, las carrozas desfilando a lo largo de un sambódromo de injusticias. Esa fue la primera impresión que brindé al mundo de lo que el mundo tenía que ver en mí, según los periódicos.

El miércoles me levanté temprano y fui a trabajar con una polilla buscando luces dentro de la cabeza. A la vuelta el vecino, un abogado que tenía el bufete en el entresuelo, había sorprendido a un extraño hurgando en mi buzón, un hombre que había huido al oír pasos en la escalera. El segundo alienígena en seis días, pensé.

—Es uno de ellos —dijo el abogado, más versado que yo en ese tipo de casualidades.

—¿Pero es que hay más? —pensé en voz alta. Entonces el abogado se asomó a la calle y formuló su tesis de que con toda seguridad los demás habían ido a comer.

—Lo sorprendente es que no hayan dejado a nadie de guardia —dijo.

—¿Cómo que de guardia?

—Yo lo habría hecho —aseguró.

Permanecemos quince segundos mirando calle arriba y calle abajo. Al día siguiente, cuando me vi junto al abogado, durante ese instante petrificado, en la sección de sociedad de un periódico, con un pico de la camisa colgando fuera del pantalón y la chaqueta terciada en el brazo, deduje que esta vez la foto había sido obtenida por alguien muy cercano y, a juzgar por el ángulo y las sombras que proyectábamos en el suelo, como esponjadas con serrín de carnicero, el punto se concretaba en una ventana alta del edificio de enfrente. En ella había visto muchas tardes a una señora entrada en años que se desvivía contemplando el crepúsculo frente al abra del paso de carruajes. Resultó que la foto no era el fruto de un momento casual, sino que se había sacado de una toma de vídeo de quince segundos, aquéllos en los que el abogado y yo habíamos estado contemplando no se sabía si el este o el oeste. Pasaron toda la película en televisión. La televisión es una ladera nevada donde solo ruedan y engordan las piedras de *atrezzo*. En mitad de la calle, de pie junto a una pequeña hormigonera que había en una obra cercana, mirando a un lado y otro bajo la luz impertérrita de noviembre, a veces mirando en direcciones opuestas, el abogado y yo parecíamos dos cartógrafos enemistados. Vi toda la secuencia sin hallar esa fuerza necesaria para inmutarme, mientras escuchaba los comentarios de personajes sentados en un plató lleno de gente a quien daban la espalda. Que fuera un vídeo me hizo dudar de que su artífice fuese la vieja dama que salía al atardecer a regar las macetas. Demasiada tecnología y demasiado cálculo para quien solo tiene el mal hábito de aburrirse ante una pantalla. Sin embargo, no quise asegurarme. Nunca he tenido tales revesinos. Que una señora que había conocido a Manuel Azaña se hubiese convertido en torreta de la línea de vigilancia que el ocio de los mirones había levantado a lo largo de mis posibilidades en la vida no me

parecía inverosímil, pero me sacaba de quicio. No me atreví a cruzar la calle, llamar a su puerta y pedirle explicaciones. Hubiera tenido que preguntarle: «¿Cuánto ha ganado con esto?». Alguno de mis prejuicios se rebeló, porque seguí saludándola desde el balcón, aunque después ambos cerrábamos las persianas lo más ruidosamente que podíamos.

Había asuntos más importantes: la carta robada. Se lo pregunté al abogado, pero no se había fijado en si el extraño del buzón huyó con papeles, aunque fueran los sobres bancarios que llegaban diariamente. Era inquietante, porque estaba esperando varios envíos de suma importancia: libros encargados por internet, un talonario de cheques, respuestas de editoriales a las que había enviado una novela cuyo tema esencial e irrenunciable era la condición humana y, finalmente, la carta de Pablo Naya, un amigo de infancia al que había conseguido localizar después de veinticinco años, y exigido que me escribiera un pliego de su puño y letra por razones que se remontaban a la infancia compartida en la escuela. La posibilidad de que esa carta desapareciese me subyugaba. Provenía de Kinshasa, en cuya embajada él trabajaba de agregado. Sabía que me la había enviado, y la esperaba desde hacía al menos una semana. Tenía que llegar por valija diplomática, pero en vista de la procedencia yo no veía distinción entre una valija y el pico de un albatros herido.

Recuerdo que el teléfono empezó a sonar a las tres de la tarde de ese miércoles, diecisiete, y ya no paró en los cuatro días siguientes. Lo supe porque tras desviar las llamadas al número del móvil, tuve que tirar el móvil en una cuneta cuatro días después. Los mensajes atracaban en mi bandeja de entrada como barcos llenos de ratas. Lo comprobé en cibercafés solitarios —los únicos sitios donde nadie conoce a nadie— a la caída de la noche. Todos esos mensajes coincidían en una pregunta que, desde mucho antes de la adolescencia, yo mismo me hacía: ¿quién era yo? En principio, yo era un férreo custodio de las direcciones electrónicas.

No obstante, todas las redacciones de revistas y hebdomadarios parecían tener mis señas, como si el espía del *Stratego* las hubiese estado repartiendo. Me negué a contestar a las preguntas, algunas por ser indiscretas, otras por estar escritas en idiomas que no conocía. Los periodistas son los únicos que aún ignoran que en este mundo no hay exclusivas, que la actualidad es inmutable desde el poema de Gilgamesh. Yo había madurado intuyendo esta certeza y, no obstante, fui incapaz de bajarme del pedestal que me convertía en una exclusiva. Al volver del trabajo el jueves, un remolino de fotógrafos de prensa me aguardaba en el portal de mi casa. Había luchado por convertirme en un escritor, y de la noche a la mañana me vi convertido no ya en un tema, sino en un tópico. Dije un par de cosas atropelladas que fueron tomadas por declaraciones. Lo mismo ocurrió al día siguiente, así que mi esposa y mi hijo tuvieron que irse a casa de su madre, como en las películas americanas. El niño no entendía por qué gente que no nos conocía de nada nos hacía tantas preguntas.

Empecé a dormir solo en una cama forrada de musgo, como las piedras que dan al norte, sin encender la luz, porque me parecía barruntar en la calle un montón de cigarrillos de gente apostada. Los periodistas habían convertido la vía pública en una barraca de espejos. Aparecían y desaparecían con sus credenciales de ciudadanos impunes y su paciencia de jardineros de camposanto. El timbre no cesaba de sonar y algunos subían hasta el primer piso y golpeaban en la puerta, con el micrófono en la mano y una acuciante pregunta en los ojos que ya traían contestada de las redacciones.

Al cabo de una semana había sopesado mil destinos, mil soledades sin retorno, mil ciudades deshabitadas, mil silencios guardados en barricadas... Finalmente opté por el hotel Oporto, sito en la ciudad donde vivía y donde hasta los pájaros me hubieran dado hospedaje. Aquel hotel junto a la autovía me pareció el lugar más periférico del mundo, muy

conveniente para alguien a quien la prensa suponía en una cámara acorazada. Se levantaba en las estribaciones de un polígono industrial y, entre otras razones, me gustó porque al cabo de su alfombra descolorida partía un ramillete de vías de escape. Me alojé en él la primera semana. Desde allí hasta llegar al trabajo, al menos, era una persona normal. Tomaba el coche por las mañanas y lo aparcaba en el garaje de la oficina. Cuando se descubrió todo el pastel mis colegas fueron bastante discretos. A todas luces, aquello les sobrepasaba, y cabalmente pensaron que también me sobrepasaba a mí. Casi nadie me preguntó nada. Nadie me pidió que declarase cuan ridículo me sentía. Quizá por eso todo era artificial, contenido, a mi alrededor. El conserje me saludaba con demasiada cortesía, la papelera de mi jefe de negociado rebosaba papel cuché. En la cafetería me daban las mejores tapas. Los pájaros no cantaban y las secretarías pasaban demasiado tiempo juntas en el servicio. Al cabo de los días, la vuelta al hotel se convirtió en un triunfo. Iba al trabajo para dejar atrás la soledad del hotel, y volvía al hotel para librarme de las murmuraciones del trabajo. En realidad, vivía los momentos más tranquilos en el camino, en los veinte kilómetros que distaban uno del otro, pensando que, al menos, había logrado pasar inadvertido para la deontología de la prensa, para los *paparazzi*, para los conductores de Boyaca y para la OJD.

Solo una compañera de trabajo, Marcia Vélez, quiso saber algo sobre lo que me estaba ocurriendo. Había oído rumores y le pareció extraño que todos ellos llegaran hasta el mismo punto, como si más allá un precipicio hubiese cortado el laberinto de carreteras secundarias en que se había convertido mi vida. Lo curioso es que, pese a verme todos los días en la oficina, no me lo preguntara directamente, sino por teléfono. Nunca me había llamado, pero era atenta, le gustaba cuidar los detalles, así que no me sorprendió recibir su felicitación, el 26 de noviembre, por lo acontecido dos semanas antes, el 12: mi cuadragésimo primer ani-

versario. Marcia había visto mi sombra de junípero en la televisión, envarada y sin escapatoria, y había pedido al gerente el número de mi nuevo móvil para llamarme. Sin duda, creyó que esa sombra era más real que la figura escorada y mal vestida que aparecía cada mañana en el despacho, y supuso que con una sombra era más directo hablar por teléfono. Su llamada me sonó a invocación y seguro que mi voz llegó a sus oídos como el susurro del viento en los árboles de otro hemisferio.

—Acabo de poner la televisión —dijo—. Ahora mismo te estoy viendo.

—La película es de una vecina. ¿Se parece realmente a mí? —pregunté, pues la televisión es el único lugar donde los espectros son verosímiles.

—Se parece mucho a ti, pero claro que es solo un parecido — dijo Marcia, y yo fui feliz por su extraña complicidad. Alguien, al menos, se había dado cuenta de que quien aparecía en la foto de *La abuela Polina* no era el de otras que manejaban las revistas, un jovenzuelo despeluzado de esos que siempre están presumiendo de presente, con quince años menos. Yo mismo no me reconocía, ni tenía noticia de la existencia de dos fotografías que de pronto ocuparon las portadas de todo lo impreso. Sin duda, alguien me las había hecho alguna vez, pero me pareció que tras una sesión de lobotomía. Al verlas encontraba mi propia mirada bastante insensible al futuro, al extraño reconocimiento con que la gente observaba aquellos ojos en los quioscos. Siempre había creído que la popularidad era otra cosa, no aquel camino hacia lugares de los que no vas a volver nunca. Marcia Vélez me conocía lo suficiente. Uno puede confiar en eso cuando toma más de dos cafés con una mujer. Ella no había permitido que las evidencias se impusieran, y se lo agradecí. De hecho pensé, mientras hablábamos por teléfono, que las evidencias de quince años atrás son tan aventuradas como un presagio.

—¿Vas a poder soportarlo? —me preguntó.